

[EDITORIAL]

La era de la inteligencia

por Eduardo Sartelli, Historiador

Todas las publicaciones de

Razón y Revolución
en Internet:

www.razonyrevolucion.org

Para comunicarse con el Centro de Estudios e Investigaciones en Ciencias Sociales (CEICS):
ceics2003@yahoo.com.ar

Para informes sobre cursos y Presentaciones comunicarse con:
ryrprensa@yahoo.com

Para solicitar cursos de extensión y perfeccionamiento:
docentesceics@hotmail.com

Redacción de El Aromo:
lasfloresdelaromo@yahoo.com.ar

Editor responsable:
Leonardo Grande

Diseño:
Sebastián Cominiello

Correctora:
Mara López

En la Mesa de Apertura de las últimas jornadas de investigación de la revista **Razón y Revolución**, en setiembre pasado, el panel, compuesto por Juan Iñigo Carrera, Marcelo Ramal, Claudio Katz y quien escribe, debatió sobre las perspectivas económicas del gobierno Kirchner. Mientras Ramal y Katz apostaban a la recuperación de la economía, Iñigo Carrera y yo especulábamos acerca de cuándo caería en una nueva crisis, aún más profunda que la del 2002. Está claro que la diferencia en la perspectiva resulta crucial a la hora de sacar conclusiones políticas y que la confianza del gobierno se apoya en una apreciación más cercana a la de Ramal y Katz que a la nuestra. En efecto, confiado en que la economía va camino a una expansión sostenida, Kirchner ha comenzado la última etapa de reconstrucción del estado y del régimen político. El período que comienza con las jornadas de Puente Pueyrredón, en junio de 2002, acaba de finalizar con la represión frente a la Legislatura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Período que se abrió con la imposibilidad de la represión política directa, es decir, con la negación del derecho a ejercer violencia por parte del estado, y que se cierra en estos meses con la recuperación de esa potestad. Las jornadas de Puente Pueyrredón significaron el fin del experimento Duhalde: la recomposición del poder estatal destruido políticamente (pero no *militarmente*) por una vía rápida y ejemplificadora. La burguesía argentina debió rescatar su estado por la vía más tortuosa de la democracia burguesa. Salida que pareció naufragar más de una vez, pero que resultó más fructífera al final. Todo el año pasado y lo que va de este se consumió en la consolidación de una base material para el discurso izquierdista del gobierno Kirchner. De allí que los voceros más derechistas de la burguesía le reclamaran menos palabras y más hechos, sin caer en la cuenta de que las primeras eran los segundos. Como Scherezade, que contaba cuentos para no morir, Kirchner gastó un año y medio en seducir amplios sectores de la pequeña burguesía ex cacerolera, del proletariado ex piquetero y de la izquierda ex izquierdista. Mientras tanto, la estabilización de las variables económicas junto a la utilización del fenómeno de la inseguridad dio sustento a un consenso represivo. Ahora viene la segunda fase, el giro derechista del bonapartismo patagónico. El cierre dado a casos particularmente importantes, como la AMIA y los asesinatos de Kosteki y Santillán, la reconfiguración, a su imagen y semejanza de la nueva Corte Suprema, el acuerdo con los acreedores externos sobre la base de aceptar las imposiciones del FMI, la compra de las fracciones piqueteras que por un momento amagaron con sacar los pies del plato (D'Affunzio y la CCC), el "exilio" de aliados desubicados como D'Elía y la

entente cordiale con el duhaldismo, todo ello ha contribuido a reforzar su papel frente a la burguesía más concentrada y sus voceros más a la derecha, que ahora comienzan a ver a Kirchner con creciente y abierta simpatía. En este contexto, el gobierno se apresta para realizar la tarea que dejó pendiente Duhalde: la recuperación de la plena potestad represiva del estado, en cuyo seno cualquier denuncia aparece, en el mejor de los casos, como un exceso menor, rápidamente silenciada por la prensa oficialista. La prueba de fuego de la estrategia serán las elecciones del 2005: si el abstencionismo y el voto en blanco no superan proporciones históricamente razonables y el gobierno gana por amplio margen, la crisis abierta con la caída de De la Rúa habrá quedado cerrada.

En ese contexto, se iniciará un período de verdadero ostracismo, de repliegue en toda la línea de las organizaciones que protagonizaron el año que el capitalismo argentino vivió en peligro. Ya no se tratará de un reflujo relativo como hasta ahora, por lo que, aunque las elecciones todavía están muy lejos, conviene ir pensando: una performance positiva de la izquierda en las urnas puede llegar a ser una de las pocas coberturas a mano ante un clima muy hostil.

Llegada la hora de desensillar hasta que aclare, la izquierda revolucionaria no debe dejar de luchar, pero debe evitar las provocaciones y el aventurerismo. Lo conseguido en estos años no puede regalarse en un juego de bravatas inútiles. Sobre todo porque las debilidades profundas de la

economía argentina, van a requerir en un tiempo no muy lejano de un personal político que dé una salida a la descomposición nacional. La crisis de 1982 pareció grave a quienes habían visto varias a lo largo de su vida. Dio paso a la caída de un régimen político y a una movilización que pudo ser contenida en el marco democrático burgués. Su profundidad fue opacada, sin embargo, por la de 1989, de la que surgió ese hecho que mostraba que algo se había roto en la estructura misma de la sociedad argentina: los saqueos que enmarcaron la caída de Alfonsín. Ese episodio, no obstante, ha caído en el olvido, producto de la desmesura de la crisis que vivimos hace no más de dos años atrás, que superó todo lo históricamente conocido. El capitalismo argentino marcha hacia crisis que no hacen más que superarse en magnitud y profundidad, y que ponen sobre la mesa una tendencia hacia la disolución de las relaciones sociales elementales. La diferencia, cualitativa, de la última, es que ha prohijado el surgimiento de una real alternativa de masas: el movimiento piquetero. Se trata ahora, con inteligencia, de cuidarlo hasta que el viejo topo de la historia vuelva a colocarlo en condiciones de culminar su tarea.



Por Fernando Dachevsky
Grupo de Investigación de la Historia de la Economía Argentina - CEICS

Existe un mito que recorre el imaginario nacional y popular: si se logra un desarrollo económico basado en la burguesía nacional, ésta va a fomentar la equidad y la distribución de la riqueza y se enfrentará a los grandes monopolios internacionales garantizando la independencia. Como lo muestra en innumerables actos públicos, y lo resume claramente la última tapa de la revista *Noticias*, Techint aparece como el principal referente de esa burguesía que enarbola Kirchner, a la hora de prometer un crecimiento endógeno y autosostenido para enfrentar a los acreedores externos y al FMI. Ahora bien, si analizamos su historia, vemos que está lejos de identificarse con los intereses populares. Se desarrollaron de la mano de Mussolini y durante el fascismo italiano lograron alcanzar el grado de concentración necesario para expandir su escala de acumulación hacia otros espacios nacionales. Se consolidaron en la Argentina de Perón, crecieron bajo el Proceso y hoy son la mano derecha de Kirchner. Siempre jugaron de oficialistas.

De Italia con amor

Existen varias versiones al momento de explicar la expansión de Techint. Sin embargo, la más común suele centrarse en la transferencia de recursos desde el Estado. Dicha transferencia existió, y sigue existiendo con el gobierno de Kirchner (ver *El Aromo* n° 13). Sin embargo, esta versión no alcanza a explicar su transformación en la principal productora mundial dentro de su rama. Para entender esto es necesario dar cuenta de los orígenes de la empresa.

Techint se funda como corporación internacional en 1945 en Italia. Al año siguiente, quien fuera su titular (Agostino Rocca), viaja a Latinoamérica y recorre la mayoría de los países buscando el lugar

más conveniente para colocar sus capitales y se instala en la Argentina. En 1954 comienza a producir tubos sin costura, que se utilizan en la construcción de gasoductos y oleoductos. Serán producidos por primera vez en Argentina por Dálmine-Safta, empresa perteneciente al Grupo Techint y que luego pasara a llamarse Siderca. Comenzarán produciendo para el mercado interno y, en las décadas posteriores, lograrán expandir su capacidad de acumulación hasta ubicarse, en la actualidad, como el principal productor mundial de dichos tubos. Así contada, parece la historia de un inmigrante llegado con las "manos vacías", que empieza desde cero.

Sin embargo, al momento de iniciar sus actividades en la Argentina, Techint contaba con una trayectoria previa de acumulación de capital en la siderurgia italiana. Luego de la crisis de 1930, en pleno gobierno de Mussolini, quedaron bajo el control de Rocca numerosas empresas siderúrgicas de Italia. Su posición en el IRI (Instituto para la Reconstrucción Industrial) le permitió organizar la producción de empresas como Finsider, Ansaldo y Cornigliano, para luego ser designado por Mussolini como cabeza del sector nacionalizado del acero italiano y vicepresidente de la Dálmine de Bérgamo. Esta empresa, que se formara con capitales alemanes en 1906 y que luego será apropiada por capitales italianos durante el fascismo era, en ese entonces, la principal productora de tubos sin costura de Europa y será la principal proveedora de los capitales con los que Techint iniciará sus actividades en la Argentina. Techint comenzará construyendo gasoductos en

Argentina con tubos producidos en la Dálmine de Bérgamo. El más importante de estos será el gasoducto Perón, construido en 1949 y que se extendía por 1900 km. Esta obra, un gran negocio para Techint en la Argentina, lo sería más aún para Dálmine de Italia, dado que constituyó su primera gran exportación. Recién en 1954, una vez finalizadas las obras del complejo de Campana, Techint comenzará a producir tubos sin costura en la Argentina. Dicho sea de paso, lo hará con laminadoras que en su mayor parte provenían de Italia. Muchas de las innovaciones desarrolladas en la siderurgia italiana serán aplicadas en la Argentina. Desde formas de organización de la producción hasta el traslado directo de maquinaria. También llegarán a Techint, en Argentina, una gran cantidad de capitales italianos que eran canalizados a través de la Santa María S.A. Esta empresa, que fue fundada en 1948, funcionaba como tesorería del Grupo y recibió una parte importante de su capital social.

Las innovaciones que introdujo Techint van a permitirle a la siderurgia argentina dar un salto en calidad. Para el momento en que Techint se instala en el país, la producción siderúrgica local sólo producía en forma semi-integrada. Esto es: se partía de la fundición de chatarra como fuente para producir el acero necesario en la producción de artículos terminados. En lugar de esto, Techint va a incorporar el método de producción ciclo integral, que ya se venía aplicando en Italia, y por el cual, en lugar de partir de la chatarra, se partía del trabajo directo con los minerales para producir el acero. Otra innovación que impulsa Techint a medida que se

expande es la incorporación de hornos que reemplazarán a los Siemens-Martin, usados hasta entonces por el resto de las empresas siderúrgicas en Argentina. Estas innovaciones y otras posibilitaron a Techint bajar los costos por unidad producida y acumular a una escala mucho mayor a lo que era la media en la siderurgia nacional, al punto de ocupar hoy cerca de un 30% del mercado mundial de tubos sin costura.

En conclusión, Techint llega a la Argentina continuando un proceso de acumulación de capital con una trayectoria que se remonta a la siderurgia italiana y, aún más atrás, a la alemana. Una vez alcanzado cierto grado de concentración expandió sus actividades hacia América Latina, en donde fue concentrando y centralizando capitales hasta alcanzar el lugar que hoy ocupa.

No tan distintos

Nada parece iniciar entonces una nueva etapa en la economía argentina. Ya que las empresas en las que intenta sostener Kirchner la ilusión de una burguesía distinta son las mismas que impulsaron la acumulación de capital desde hace décadas. Capitales que apoyaron a Mussolini, luego a Perón y también a la dictadura de Videla, que en su momento impulsaron la flexibilización laboral y estimularon el aumento de la desocupación y la miseria con Menem-Cavallo. Hoy están con Kirchner, pero sus intereses materiales alejan cada vez más al gobierno de la posibilidad de mantener su fachada nacional y popular.